

desdelosimple

Para contemplar la vida

Domingo XXV del Tiempo Ordinario
Isaías 55, 6-9; Salmo 144; Filipenses 1, 20-24.27; Mateo 20,1-16.
Septiembre 20 del 2020

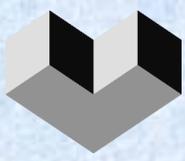
Salario de los servidores del Reino

Fr. Duberney Rodas Grajales, O.P.

Buscar e invocar a Dios con sinceridad de corazón, compromete a cada individuo y comunidad a una conversión activa que surge de la escucha atenta de la Palabra que Dios nos dirige. En ella podemos comprender que la manera de proceder, que Él nos pide, exige de nuestra parte la docilidad de espíritu, necesaria para que nuestras decisiones sean según sus planes, lo cual dista enormemente de los nuestros como lo anuncia el profeta Isaías en este día: “Porque, así como aventajan los cielos a la tierra, así aventajan mis caminos a los de ustedes y mis pensamientos a sus pensamientos” (Is 55,9). Es la vida de oración la que nos permite discernir en el espíritu para que esta distancia sea cada vez más corta.

En el progreso de adecuar nuestro pensamiento y nuestro actuar al querer de Dios, hoy san Pablo en su carta, se presenta como alguien que ha alcanzado a experimentar la vida en Cristo, hasta tal punto que entiende que tanto en la vida como en la muerte le pertenece al Señor. Evidentemente ha llegado a este punto una vez que se ha dejado transformar por el Espíritu de Dios (Rm 8,26-39), y este le ha conducido a mantener una opción preferencial por Cristo, esto es quizá lo que quiere decir al motivarnos con estas palabras: “lleven una vida digna del Evangelio de Cristo” (Flp1,27).

La respuesta libre, es aquella que surge de la espontaneidad del reconocimiento del don de Dios. Pues es él quien toma la iniciativa del encuentro con nosotros y por su constante generosidad, mueve al ser humano a la gratuidad, es decir, a responder coherentemente al amor que ha recibido. En el Evangelio de este día, el propietario de la viña que contrata trabajadores en diferentes momentos del día, y al final de la jornada paga a todos por igual, deja al descubierto una actitud constante en el ser humano, que en medio de sus afanes cotidianos piensa que la paga corresponde a la cantidad de obras que puede hacer. Sin embargo, lo que se nos revela es la manera en que la Salvación llega a nosotros, no por nuestras obras, sino por la iniciativa de Dios. Es el quien sale a nuestro encuentro, de la misma manera que lo hace el propietario de la viña: “El Reino de los cielos es semejante a un propietario que, al amanecer, salió a contratar trabajadores para su viña” (Mt 20,1).



desdelosimple

Para contemplar la vida

Sabiéndonos servidores en el Reino de los cielos inaugurado por Jesús, es necesario que cada uno de los bautizados, sepamos vivir nuestra consagración con la alegría de servir, sin pensar en cómo modificar la paga, pues el Señor ya nos invitó para hacernos partícipes de su misma gloria. Lo único que debe preocuparnos es mantenernos activos en el trabajo encomendado, porque solo hasta el final de la jornada el dueño llama a sus jornaleros para que reciban su salario.

El denario acordado en la parábola como pago de una jornada laboral, corresponde a la cantidad necesaria para obtener lo necesario para vivir. Así que si queremos recibir esta paga, lo que necesitamos es fortalecer nuestra identidad discipular en la que Jesús al llamar a sus discípulos les ha enseñado el que quiera ser el primero se haga el servidor de todos. Esta es una de las condiciones para ser ciudadanos del Reino. La murmuración de quienes trabajaron toda la jornada: “Estos últimos no han trabajado más que una hora, y les pagas como a nosotros, que hemos aguantado el peso del día y el calor” (Mt 20,12) se da por una mirada de orden social, en donde la paga corresponde con las capacidades y desempeño humano; pero no para la intencionalidad del texto que quiere mostrarnos la identidad de los ciudadanos del Reino (Mt 20,1) aquellos que aceptando la invitación del Señor a trabajar en su viña, encuentran la bendición en la generosidad de Dios que les ofrece lo necesario para vivir.

Este es el contexto en el que el comentario de la Biblia Nácar-Colunga nos ubica:

La doctrina formal que se destaca en la parábola es la absoluta libertad y bondad de Dios en la distribución de sus bienes. Si a unos, que trabajaron más, les paga lo convenido, es justo en su obrar; si a otros, que trabajaron menos, les da igual, con lo que puedan vivir los suyos, es efecto de magnanimidad. Es una parábola con la que Cristo, seguramente, responde a las críticas farisaicas de buscar, aparte de gentes buenas, a publicanos y pecadores, llamándolos e ingresándolos a todos en su reino. ¿Por qué esta diversidad de dones, y por qué esta diversidad de “horas”? Porque Dios, pleno de bondad, es dueño absoluto de repartir sus dones.

Confiemos en que de la mano de María Santísima, podremos responder libremente al llamado de Dios, de tal manera que trabajando con alegría en la viña del Señor, podamos recibir el jornal cotidiano y al final de nuestra vida, entrar en el gozo del cielo.